

WILLIAM BARCLAY

**COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
– Tomo 3 –**

Evangelio según San Marcos

Pues sí: he revivido al traducir el *Comentario de Marcos* el encanto y la ilusión de las clases de William Barclay, y su capacidad extraordinaria para comentar supremamente este evangelio, el primero en el tiempo, el más sencillo, el menos elaborado, el que más se parece a un reportaje de la vida de Jesús, y en el que percibimos los ecos de un testigo más allá de cualquier excepción: ¡nada menos que Pedro, el testarudo y leal pescador galileo!, que recordaba con todo detalle las escenas que contaba, los gestos y las mismísimas palabras del Carpintero de Nazaret, a Quien él fue descubriendo paso a paso como el Mesías prometido, tan distinto, ¡pero tanto mejor!, que el que él y su pueblo esperaban: cómo tomó en Sus brazos a los niños, Se quedó dormido en la barca en plena tempestad, Se conmovía de compasión por las multitudes hambrientas y cansadas, y pronunciaba con amor y autoridad la palabra sanadora: ¡*Effatha!*, ¡*Ábrete!*, ¡*Talitha, kumí!* ¡*Chiquilla, levántate!*

Tenía que ser Willy Barclay el que nos hiciera ver todo esto que nos desvela aquí, porque así era él: con su voz carrasposa, que no le fue obstáculo para ser el comunicador excepcional del Evangelio por radio y televisión entre otros medios — ¡sólo él, sordo desde niño, podía decirnos que el impedimento del habla le vendría de su sordera al que sanó Jesús en *Marcos 7:31-37!*—, y en sus libros con su estilo azoriniano —claro, sencillo, conversacional, natural y jamás afectado ni erudito — el que nos transmitiera a nosotros, las personas normales y corrientes que él amaba tanto, los recovecos y entresijos del libro más sencillo del Nuevo Testamento, que bien puede considerarse, como dice Barclay, el libro más importante del mundo.

Por todo lo dicho no es extraño que este sea el comentario preferido de muchas personas, entre ellas mi Escocesito querida, cuyo criterio es para mí el de más valor.

Alberto Araujo

<i>El pecado imperdonable</i> (3:28-30)	98
<i>Condiciones del parentesco</i> (3:31-35)	101
<i>Enseñando por parábolas</i> (4:1s).....	104
<i>De la Tierra al Cielo</i> (4:3-9)	108
<i>El misterio del Reino</i> (4:10-12)	111
<i>La cosecha es segura</i> (4:13-20)... .. .	115
<i>La luz está para que se vea</i> (4:21)	119
<i>La verdad que no se puede soslayar</i> (4:22s)... .. .	123
<i>El equilibrio de la vida</i> (4:24)	125
<i>La ley de la rentabilidad</i> (4:25)	127
<i>El crecimiento invisible y el resultado seguro</i> (4:26-29)	129
<i>De pequeño a grande</i> (4:30-32)	132
<i>El sabio maestro y el alumno aprovechado</i> (4:33s) ...	135
<i>La paz de la presencia</i> (4:35-41)	138
<i>La expulsión de los demonios</i> (5:1-13)	141
<i>Pedirle a Cristo que Se vaya</i> (5:14-17)	146
<i>Un testigo de Cristo</i> (5:18-20)	149
<i>En la hora de la necesidad</i> (5:21-24)	151
<i>La última esperanza de un paciente</i> (5:25-29)	154
<i>El costo de la sanidad</i> (5:30-34)	157
<i>Desesperación y esperanza</i> (5:35-39)	160
<i>La diferencia que hace la fe</i> (5:40-43)	163
<i>Sin honor en su propia tierra</i> (6:1-6)	165
<i>Los heraldos del Rey</i> (6:7-11)	169
<i>El mensaje y la misericordia del Rey</i> (6:12s)	172
<i>Tres veredictos sobre Jesús</i> (6:14s)	174
<i>La venganza de una malvada</i> (6:16-29)	176
<i>Lo patético de la multitud</i> (6:30-34)	183
<i>Poco es mucho en las manos de Jesús</i> (6:35-44)	186
<i>La conquista de la tempestad</i> (6:45-52)	189
<i>Las multitudes ansiosas</i> (6:53-56)	191
<i>Limpio e inmundo</i> (7:1-4)	193
<i>La Ley de Dios y las reglas de los hombres</i> (7:5-8) ...	198
<i>Una regla inicua</i> (7:9-13)	200
<i>La verdadera contaminación</i> (7:14-21)	203
<i>El anuncio de un mundo para Cristo</i> (7:24-30)... .. .	208
<i>Haciendo bien todas las cosas</i> (7:31-37)	212
<i>Compasión y desafío</i> (8:1-10)	215
<i>La ceguera que reclama una señal</i> (8:11-13)	219

<i>Idea equivocada de la vida futura</i> (12:18-27)	335
<i>El amor a Dios y al prójimo</i> (12:28-34)	339
<i>El Hijo de David</i> (12:35-37a)	344
<i>Idea equivocada de la religión</i> (12:39b-40)	347
<i>El don supremo</i> (12:41-44)	350
<i>Las cosas por venir</i> (13)	352
<i>El Día del Señor</i> (13)... ..	352
<i>Los diferentes estratos</i> (13)	355
<i>La condenación de la ciudad santa</i> (13:1s)	357
<i>La agonía de la ciudad santa</i> (13:14-20)... ..	358
<i>El camino difícil</i> (13:9-13)	361
<i>Los peligros de los últimos días</i> (13:3-6, 21-23)	364
<i>Su Segunda Venida</i> (13:7-8, 24-27)	367
<i>Estad alerta</i> (13:27-37)	371
<i>Empieza el último acto</i> (14:1s)	373
<i>El derroche del amor</i> (14:3-9)	377
<i>El traidor</i> (14:10s)	380
<i>Preparando la fiesta</i> (14:12-16)	383
<i>La última llamada del amor</i> (14:17-21)	387
<i>El símbolo de la Salvación</i> (14:22-26)	389
<i>El fallo de los amigos</i> (14:27-31)	394
<i>Hágase Tu voluntad</i> (14:32-42)	396
<i>El arresto</i> (14:43-50)	400
<i>Un cierto joven</i> (14:51s)	402
<i>El juicio</i> (14:53,55-65)	404
<i>Coraje y cobardía</i> (14:54,66-72)	407
<i>El silencio de Jesús</i> (15:1-5)	410
<i>La elección de la multitud</i> (15:6-15)	412
<i>Las burlas de los soldados</i> (15:16-20)	415
<i>La Cruz</i> (15:21-28)	416
<i>El amor ilimitado</i> (15:29-32)	420
<i>Tragedia y triunfo</i> (15:33-41)	421
<i>El que Le prestó su tumba a Jesús</i> (15:42-47)	424
<i>Decidle a Pedro</i> (16:1-8)	426
<i>La comisión de la Iglesia</i> (16:9-20)	428
Palabras hebreas , griegas y latinas	431
Nombres propios y temas que aparecen en el texto	433
Bibliografía	439

cuidadosa y laboriosamente todos los libros. Está claro que en ese caso no habría muchos ejemplares de cada libro.

¿Cómo sabemos, o cómo podemos deducir, que *Marcos* fue el primero de los evangelios? Cuando leemos los evangelios sinópticos, aunque sea en español, vemos que hay semejanzas sorprendentes entre ellos. Contienen los mismos incidentes, contados a menudo con las mismas palabras; y pasajes de la enseñanza de Jesús que son muchas veces idénticos. Si comparamos la historia de la Multiplicación de los Panes y los Peces en los tres evangelios (*Marcos 6:30-44; Mateo 14:12-21; Lucas 9:10-17*) vemos que se cuenta casi exactamente con las mismas palabras y exactamente de la misma manera. Otro ejemplo muy claro es el relato de la curación del parálítico (*Marcos 2:1-12; Mateo 9:1-8; Lucas 5:17-26*). Los relatos son tan parecidos que hasta un pequeño paréntesis —«le dijo al parálítico»— aparece en los tres exactamente en el mismo lugar. Las coincidencias son tan obvias que nos obligan a una de dos conclusiones: o los tres están tomando sus materiales de alguna fuente común, o dos de ellos se basan en el otro.

Cuando estudiamos el problema más en detalle descubrimos que *Marcos* se puede dividir en 105 secciones. De ellas, 93 aparecen en *Mateo* y 81 en *Lucas*. Son sólo 4 las que no se encuentran ni en *Mateo* ni en *Lucas*. Y todavía más indudable: *Marcos* tiene 661 versículos; *Mateo*, 1,068; *Lucas*, 1,149. De los 661 versículos de *Marcos*, *Mateo* reproduce no menos de 606. Algunas veces cambia ligeramente las palabras, pero reproduce el 51 por ciento de las palabras exactas de *Marcos*. De los 661 versículos de *Marcos*, *Lucas* reproduce 320, y utiliza de hecho el 53 por ciento de las palabras de *Marcos*. De los 55 versículos de *Marcos* que no reproduce *Mateo*, 31 se encuentran en *Lucas*. Así que el resultado es que no hay más que 24 versículos de *Marcos* que no se encuentran en ningún lugar de *Mateo* o de *Lucas*. Esto presenta como muy probable el que *Mateo* y *Lucas* estuvieran usando a *Marcos* como la base de sus evangelios. Lo que confirma todavía más esta hipótesis es que tanto *Mateo* como *Lucas* siguen mayormente

subordinado. Puede que se volviera a casa porque no estuviera de acuerdo con lo que Pablo estaba haciendo. Crisóstomo —probablemente con un destello de imaginación— dice que ¡Marcos se volvió a casa porque echaba de menos a su madre!

Pablo y Bernabé completaron su primer viaje misionero, y se pusieron a programar el segundo. Bernabé tenía interés en volver a llevar a Marcos; pero Pablo se negó rotundamente a tener nada que ver con «el que los había desertado la otra vez en Panfilia» (*Hechos 15:37-40*). Tan seria fue la discrepancia entre ellos que se separaron y, por lo que sabemos, ya no volvieron a viajar juntos.

Marcos se desvanece de la escena durante algunos años. Una tradición refiere que fue a Egipto y fundó allí la iglesia de Alejandría. No podemos estar completamente seguros de eso; pero sí sabemos que Marcos reaparece en escena de una manera de lo más sorprendente. Comprobamos para nuestra sorpresa que cuando Pablo escribe su carta a los cristianos colosenses desde la cárcel de Roma, Marcos está allí con él (*Colosenses 4:10*). En otra carta desde la cárcel, la que dirige a Filemón, Pablo cuenta a Marcos entre sus colaboradores (versículo 24). Y cuando Pablo está esperando el cumplimiento de su sentencia de muerte, le escribe a Timoteo, su brazo derecho, y le dice: «Toma a Marcos y tráetele, porque me es un ayudante de lo más útil» (*2 Timoteo 4:11*). ¡Qué lejos estamos de aquella vez cuando Pablo descartó despectivamente a Marcos como irresponsable! Fuera como fuera, Marcos se redimió a sí mismo. Era la persona que Pablo quería tener cerca al final de su vida.

LAS FUENTES DE INFORMACIÓN DE MARCOS

El valor de cualquier narración histórica dependerá de las fuentes de información de su autor. Entonces, ¿dónde obtuvo Marcos su información acerca de la vida y obra de Jesús? Ya hemos visto que su hogar fue desde el principio el centro

EL FINAL PERDIDO DEL EVANGELIO DE MARCOS

Hay un detalle muy interesante acerca del evangelio de Marcos. En su forma original se detiene en el versículo 8 del capítulo 16. Eso lo sabemos por dos razones. La primera es que los versículos que siguen (*Marcos 16:9-20*) no se encuentran en ninguno de los manuscritos antiguos; sólo los contienen manuscritos posteriores e inferiores. Lo segundo es que el estilo del griego es tan diferente que no puede haberlo escrito la misma persona que el resto del evangelio.

Pero el evangelio no estaba programado que terminara en *Marcos 16:8*. ¿Qué fue lo que sucedió? Puede que muriera Marcos, y hasta que sufriera el martirio antes de completar su evangelio. Pero lo más probable es que, cuando no había nada más que un ejemplar del evangelio, se rasgó la última página. Hubo un tiempo en que la Iglesia no apreciaba gran cosa *Marcos*, prefiriendo a *Mateo* y *Lucas*. Bien puede ser que el evangelio de Marcos estuviera tan olvidado que todos los ejemplares se habían perdido menos el que estaba mutilado. Si fue ese el caso, estuvimos a punto de perder el evangelio que es en muchos sentidos el más importante de todos.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL EVANGELIO DE MARCOS

Veamos las características del evangelio de Marcos para que las podamos descubrir al leerlo y estudiarlo.

(i) Es lo más próximo que podamos conseguir nunca de un reportaje de la vida de Jesús. Marcos se proponía pintarnos a Jesús tal como fue. Westcott lo llamaba «un reportaje de la vida de Jesús.» A. B. Bruce decía que se escribió «desde el punto de vista de un testigo presencial que contara sus memorias amorosa y gráficamente,» y que su característica suprema es *el realismo*.

Si vamos a conseguir alguna vez algo que se aproxime a una biografía de Jesús, habrá de basarse en Marcos, que se

conmovió de lástima (6:34). Se maravilló de la incredulidad de ellos (6:6). Sintió una justa indignación (3:5; 8:33; 10:14). Sólo Marcos nos dice que cuando Jesús miró al joven rico le amó (10:21). Jesús podía sentir los retortijones del hambre (11:12). Podía estar cansado y necesitar descansar (6:31).

Es en el evangelio de Marcos sobre todo donde obtenemos una descripción del Jesús Que tenía pasiones como las nuestras. La simple humanidad de Jesús en la descripción de Marcos nos Le aproxima absolutamente.

(iv) Una de las grandes características de Marcos es que una y otra vez inserta detalles en la narración que sólo pueden venir de un testigo ocular. Tanto Mateo como Marcos nos cuentan que Jesús tomó a un chiquillo y le colocó en medio de todos. Mateo (18:2) dice: «Llamando hacia Sí a un niño, le colocó en medio de todos.» Marcos añade algo que ilumina toda la escena (9:36): «Y tomó a un niño, y le puso en medio de ellos; y *tomándole en Sus brazos*, les dijo...» En el precioso cuadro de Jesús con los niños, cuando Jesús reprendió a los discípulos por no dejarles a los niños que se Le acercaran, sólo Marcos termina diciendo: «Y los tomaba en Sus brazos, y los bendecía poniendo Sus manos sobre ellos» (*Marcos 10:13-16*; cp. *Mateo 19:13-15*; *Lucas 18:15-17*). Toda la ternura de Jesús se refleja en estos detalles gráficos. Cuando Marcos nos cuenta la Multiplicación de los Panes y los Peces, él es el único que nos dice que la gente se sentó *en grupos de cien y de cincuenta*, que parecían lechos de flores en un jardín (6:40), e inmediatamente toda la escena cobra vida ante nosotros. Cuando Jesús y Sus discípulos se dirigían por última vez a Jerusalén, sólo Marcos nos dice que Jesús «*iba andando por delante de ellos*» (10:32; cp. *Mateo 20:17*; *Lucas 18:31*); y con esa única frase vívida nos resalta la absoluta soledad de Jesús. Cuando Marcos nos cuenta la historia de cómo Jesús calmó la tempestad incluye una frase que no se encuentra en ninguno de los otros evangelios: «Y Él estaba a la popa de la barca *durmiendo apoyado en un cabezal*» (4:38). Y ese detalle le infunde vida a toda la escena ante nuestros ojos.

«*Talitha, kumi*» (5:41). Al sordo con un impedimento en el habla le dijo: «*Effatha*» (7:34). Un don que se dedica a Dios es «*korbán*» (7:11). En Getsemaní, Jesús dice: «*Abba, Padre*» (14:36). En la Cruz, clama: «*Elôï, Elôï, ¿lama sabajthani?*» (15:34).

Había veces que Pedro parecía oír otra vez la mismísima voz de Jesús, y no podía por menos de contar las historias reproduciendo Sus mismísimas palabras.

EL EVANGELIO ESENCIAL

No sería injusto llamar a *Marcos el evangelio esencial*. Haríamos bien en estudiar con atención y amor el más antiguo de los evangelios que poseemos, el evangelio en el que escuchamos predicar al mismo Pedro.

acontecimientos inconexos; es un proceso dirigido por el Dios que ve el final desde el principio.

(ii) Nosotros estamos en ese proceso; y por estar en él podemos contribuir a que se cumpla o a que se frustré. En cierto sentido es tan gran honor el ayudar en algún gran proyecto como es un privilegio el ver su culminación final. La vida sería muy diferente si, en lugar de anhelar algún objetivo distante e inalcanzable en el presente, hiciéramos todo lo posible para acercarlo.

*Cuando era más joven, como no era cantante,
ni siquiera intenté hacer una canción;
ni plantar arbolitos al borde del camino
que tardarían mucho en llegar a sazón.*

*Pero ahora, que los años me han hecho más prudente,
sé que, aunque humilde, puedo hacer mi aportación
plantando un arbolito para que otros lo rieguen,
o para que otros canten dejarles mi canción.*

Los objetivos no se alcanzarán nunca a menos que haya algunos que se esfuercen para hacerlos posibles.

La cita profética que usa Marcos es sugestiva: *Yo envío a Mi mensajero por delante de Ti, y él Te preparará el camino.* Está tomada de *Malaquías 3:1*. En su contexto original, es una amenaza. En los tiempos de Malaquías, los sacerdotes estaban incumpliendo sus deberes. Las ofrendas eran de animales defectuosos y tarados; el culto del templo les resultaba fastidioso. El mensajero había de *limpiar y purificar* el culto del templo antes de que surgiera en la tierra el Ungido de Dios. Así que la venida de Cristo fue *una purificación de la vida*, y el mundo necesitaba esa purificación. Séneca llamaba a Roma «un pozo negro de iniquidad.» Juvenal hablaba de ella como «la atarjea asquerosa por la que fluían las heces fétidas de las corrientes sirias y aqueas.» Dondequiera que llega el Evangelio, trae purificación.

una biblia. La leyó, y decidió construir un estado con los indígenas de aquella isla basado directamente en la Biblia. Pasaron veinte años antes de que una corbeta americana atracara en la isla. Encontraron una comunidad totalmente cristiana. No había cárcel, porque no había crímenes. No había hospital, porque no había enfermedades. No había manicomio, porque no había locos. No había analfabetos; y en ningún lugar del mundo estaban tan seguras la vida y la propiedad humanas. El Evangelio había limpiado aquella sociedad.

Donde y cuando se Le permite la entrada a Cristo, el antiséptico del Evangelio limpia el veneno moral de la sociedad y la deja pura y limpia.

Juan vino anunciando *un bautismo de arrepentimiento*. Los judíos estaban familiarizados con las abluciones rituales. *Levítico 11-15* nos las detalla. «Los judíos —dice Tertuliano— se lavan todos los días porque todos los días están contaminados.» El lavamiento simbólico y el de purificación estaban entretreídos en la misma textura del ritual judío. Un gentil era inmundo por necesidad, porque nunca había cumplido nada de la ley judía. Por tanto, cuando un gentil se hacía *prosélito*, es decir, cuando se convertía a la fe judía, tenía que someterse a tres cosas. La primera era *la circuncisión*, que era la señal del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento; la segunda, se tenía que ofrecer *un sacrificio por él*, porque estaba necesitado de reconciliación con Dios, y sólo la sangre podía hacer expiación por su pecado; y la tercera, tenía que someterse al *bautismo*, que simbolizaba su purificación de toda la contaminación de su vida pasada. Por tanto, naturalmente, el bautismo no consistía en rociar con un poco de agua, sino en un baño en el que todo el cuerpo se sumergía.

Los judíos conocían el bautismo; pero lo sorprendente del bautismo de Juan era que él, un judío, estaba pidiéndoles a los judíos que se sometieran a lo que se suponía que los gentiles eran los únicos que lo necesitaban. Juan había hecho el tremendo descubrimiento de que no era el ser judío en el sentido racial lo que hacía ser miembro del pueblo escogido de Dios;

que desea encontrarse con Dios en igualdad de términos el que descubre el perdón, sino el que se arrodilla en humilde confesión y musita avergonzado: «Dios, ten piedad de mí, pecador.»

EL HERALDO DEL REY

Marcos 1:5-8

Y todo el país de Judea salió a su encuentro, y lo mismo todos los habitantes de Jerusalén, y fueron bautizados por él en el río Jordán cuando confesaban sus pecados.

Juan llevaba un túnica de pelo de camello que se sujetaba por la cintura con un cinto de cuero; y se alimentaba de langostas y miel silvestre.

El tema de su predicación era:

—Uno que es más poderoso que yo viene detrás de mí. Yo no merezco ni postrarme a desatarle la correa de las sandalias. Yo os bautizo con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo.

Está claro que el ministerio de Juan era poderosamente eficaz, porque acudían a propel a escucharle y a someterse a su bautismo. ¿Por qué razón hizo Juan tal impacto en su nación?

(i) Era un hombre que vivía su mensaje. No sólo sus palabras, sino toda su vida era una protesta. Había tres cosas en él que marcaban la realidad de su protesta contra la vida contemporánea.

(a) Estaba el lugar en que vivía: el desierto de Judea. Entre el centro de Judea y el mar Muerto se extiende uno de los desiertos más terribles del mundo. Es un desierto de piedra caliza; parece informe y retorcido; hierva bajo un calor agobiante; la roca está ardiendo y abrasada, y suena a hueca cuando se pisa como si hubiera un horno gigantesco por debajo; se extiende hacia el mar Muerto, y de pronto desciende en precipicios terribles e inescalables hasta la misma orilla. En el

realidad.» Cuando Juan convocó al pueblo al arrepentimiento estaba invitando a una decisión que todos sabían en lo más íntimo de su corazón que debían hacer. Mucho tiempo antes, Platón había dicho que la educación no consistía en decirle a la gente cosas nuevas, sino en extraer de su memoria lo que ya sabía. Ningún mensaje es tan eficaz como el que habla a la propia conciencia de la persona, y ese mensaje llega a ser casi irresistible cuando el que lo presenta es una persona que tiene derecho a hablar.

(b) El pueblo de Israel era plenamente consciente de que hacía trescientos años que había estado callada la voz de la profecía. Estaba esperando alguna auténtica palabra de Dios. Y en Juan la oyó. Al experto se le puede reconocer en cualquier estrato de la vida. Un famoso violinista nos dice que tan pronto como Toscanini llegaba al atril la orquesta sentía una ola de autoridad que fluía de él hacia ella. Reconocemos en seguida al médico que tiene verdadera ciencia. Reconocemos instantáneamente al conferenciante que domina su tema. Juan había venido de Dios, y no lo podía por menos de notar cualquiera que le oyera.

(iii) Su mensaje era efectivo porque él era totalmente humilde. Su propio veredicto acerca de sí mismo era que no merecía hacer ni la labor de un esclavo. Las sandalias estaban hechas sencillamente de una suela de material que se sujetaba al pie con unas correas que pasaban entre los dedos. Las carreteras no estaban pavimentadas. En tiempo seco estaban llenas de polvo, y en tiempo húmedo, de barro. El quitarle las sandalias al que llegaba a la casa era algo que no correspondía nada más que a un esclavo. Juan no esperaba nada para sí mismo, y sí todo para el Cristo al Que proclamaba. Se olvidaba totalmente de sí mismo, se entregaba totalmente, se perdía totalmente en su mensaje, y eso era lo que hacía que la gente le escuchara.

(iv) Su mensaje era eficaz porque señalaba a algo y a Alguien más allá de sí mismo. Le decía a la gente que su bautismo los empapaba de agua, pero el Que venía los

(i) Fue el momento de *decisión*. Había pasado treinta años en Nazaret cumpliendo fielmente con Su trabajo cotidiano y con Sus obligaciones familiares. Había comprendido que había llegado Su hora de manifestarse, y estaba esperando una señal. El surgimiento de Juan fue esa señal. Este, reconoció Él, era el momento en que tenía que lanzarse a cumplir Su misión.

En todas las vidas hay un momento decisivo que hay que aceptar o rechazar. Aceptarlo es realizarse; rechazarlo o evitarlo es fracasar. La vida que rehuye la decisión es la vida gastada, frustrada, fracasada, y a menudo trágica. La vida que se deja arrastrar a la deriva no es nunca la vida feliz. Jesús supo cuando surgió Juan que había llegado para Él el momento de la decisión. Nazaret era tranquilo, y Su hogar dulce; pero Jesús acudió a la cita y al desafío de Dios.

(ii) Fue el momento de *la identificación*. Es verdad que Jesús no necesitaba arrepentirse del pecado; pero había en el pueblo un movimiento de vuelta a Dios; y Él decidió identificarse con ese movimiento hacia Dios. Puede que uno tenga tranquilidad y comodidad y riqueza, y sin embargo se identifique con un movimiento a favor de los marginados, los oprimidos, los explotados y los desafortunados. La identificación realmente grande es la del que se identifica con un movimiento, no por lo que pueda sacar para sí mismo, sino para otros. En el sueño de Juan Bunyan, Cristiano se unió con Intérprete en su viaje hacia el Palacio que estaba sumamente guardado y que requería luchas para entrar en él. Había un hombre sentado a la puerta, con una pluma y tinta, para escribir los nombres de los que se arriesgaran al asalto del Palacio. Todos se iban retirando, cuando Cristiano vio «a un hombre de firme rostro dirigirse al que estaba allí sentado para escribir, y decirle: “Señor, apunte mi nombre.”» Cuando se esperan grandes cosas, el cristiano está obligado a decir: «Señor, apunta mi nombre,» porque eso fue lo que hizo Jesús cuando vino a bautizarse.

(iii) Fue el momento de *la aprobación*. Nadie deja a la ligera su hogar para embarcarse en una empresa desconocida. Tiene que estar muy seguro de que es lo que debe hacer. Jesús había

Tan pronto como pasó la gloria de la hora del bautismo llegó la de la batalla con las tentaciones. Una cosa resalta aquí de tal manera que no podemos pasarla por alto. Fue *el Espíritu* el Que impulsó a Jesús a retirarse al desierto, para someterle a la prueba. El mismo Espíritu que descendió sobre Él en Su bautismo ahora Le sacó de Su descanso.

En esta vida es imposible escapar a los asaltos de la tentación; pero una cosa es segura: las tentaciones no se nos envían para que caigamos, sino para fortalecer los nervios y los tendones de nuestras mentes y almas. No se pretende que nos traigan la ruina, sino la fuerza. Están diseñadas para ser pruebas de las que surjamos mejores guerreros y atletas de Dios.

Supongamos que hay un futbolista que está haciendo un buen papel en el segundo equipo y dando señales de ser una promesa; ¿qué hará el entrenador? Seguro que no le sacará para que juegue en el tercer equipo, que sería un paseo para él y no le haría sudar; sino que le pondrá en el primer equipo donde se le someterá a una prueba como nunca antes, y tendrá una oportunidad de probarse a sí mismo. Eso es lo que se pretende con la tentación: permitimos demostrar nuestra madurez y hacernos surgir más capaces para la lucha.

Cuarenta días es una frase que no hay por qué tomar literalmente. Es una expresión hebrea que quiere decir un tiempo considerable. Se nos dice que Moisés estuvo en la montaña con Dios cuarenta días (*Éxodo 24:18*); Elías anduvo cuarenta días con la fuerza de la comida que le dio el ángel (*1 Reyes 19:8*). En hebreo *cuarenta días* puede querer decir sencillamente *un tiempo considerable*.

Fue Satanás el que tentó a Jesús. El desarrollo de la idea de Satanás es muy interesante.

La palabra *satán* en hebreo quiere decir sencillamente *adversario*; y en el Antiguo Testamento se usa corrientemente de adversarios y oponentes humanos normales. El ángel del Señor fue el *satán* que le cerraba el camino a Balaam (*Números 22:22*); los filisteos temían que David se volviera su *satán*

el hombre; Satanás llega a ser la esencia de todo lo que está en contra de Dios.

Eso fue lo que expresó Gaspar Núñez de Arce en su poema

La luz y las tinieblas

*La fiera, la tiránica batalla
dura y persiste aún:
es el combate entre la ciega sombra
y la fecunda luz.*

*¡Ni un instante de tregua y de reposo!
En la tierra, en el mar,
en el espacio, en la conciencia humana
siempre lidiando están.*

*Al través de los siglos que se empujan
con sorda confusión,
ruedan mezclados la verdad, el día,
la noche y el error.*

*¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?
¿La excelsa claridad?
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha
nunca terminará.*

*Cuando la creación rota y deshecha
vuelva al caos otra vez;
cuando desierta impenetrable y muda
la inmensidad esté;*

*en el seno del tiempo, en el espacio
sin mundos y sin sol
seguirá eterno el duelo formidable
entre Satán y Dios.*

mal ni dañarán en todo Mi santo monte» (*Isaías 11:6-9*). Siglos después, san Francisco predicaría a los animales; y puede que aquí tengamos un adelanto de la bendita situación en que los seres humanos y los animales vivirán en paz. Puede ser que aquí tengamos un cuadro en el que veamos que las fieras reconocieron, antes que las personas, a su Amigo y su Rey.

(ii) *Los ángeles Le estaban ayudando*. También estaban allí los refuerzos divinos en la hora de la prueba. Cuando Eliseo y su siervo estaban encerrados en Dotán, con los enemigos acechándolos y sin ninguna salida imaginable, Eliseo Le pidió a Dios que abriera los ojos del joven para que viera los caballos y carros de fuego que pertenecían a Dios que estaban rodeándolos por todas partes (*2 Reyes 6:17*). Jesús no se encontraba solo para pelear Su batalla —ni tampoco nosotros.

EL MENSAJE DE LA BUENA NOTICIA

Marcos 1:14s

Después que metieron a Juan en la cárcel, Jesús llegó a Galilea anunciando la Buena Noticia acerca de Dios y diciendo:

—¡Ha llegado la hora señalada, y el Reino de Dios está aquí! ¡Arrepentíos y creed la Buena Noticia!

Hay en este resumen del mensaje de Jesús tres grandes palabras características de la fe cristiana.

(i) Tenemos *la Buena Noticia*. Fue por encima de todo una buena noticia lo que Jesús vino a traer a la humanidad. Si seguimos la palabra *euangelion*, *buena noticia*, *evangelio* por todo el Nuevo Testamento podemos descubrir por lo menos algo de su contenido.

(a) Es la buena noticia de *la verdad* (*Gálatas 2:5; Colosenses 1:5*). Hasta que vino Jesús, la humanidad no podía hacer más que suposiciones, y buscar a Dios a tientas. «¡Quién

(f) Es la buena noticia de *la salvación* (Efesios 1:13). Esta salvación no es meramente negativa; es también positiva. No es simplemente la liberación del castigo y la evasión del pecado pasado; es el poder para vivir la vida victoriosamente y para conquistar el pecado. El mensaje de Jesús es una buena noticia sin duda.

(ii) Tenemos la palabra *arrepentíos*. Ahora bien, el arrepentimiento no es tan fácil como pensamos. La palabra griega *metánoia* quiere decir *un cambio de mentalidad*. Somos propensos a confundir dos cosas: el dolor por las consecuencias del pecado, y el dolor por el pecado mismo. Muchas personas están apesadumbradas por el lío en que las ha metido el pecado, pero saben muy bien que si pudieran estar razonablemente seguras de que podían librarse de las consecuencias, no les importaría volver a hacerlo todo igual que antes. No es el pecado lo que odian, sino sus consecuencias.

El verdadero arrepentimiento quiere decir que la persona ha llegado, no sólo a sentir las consecuencias de su pecado, sino a odiar el pecado mismo. Hace mucho, aquel anciano y sabio escritor Montaigne escribió en su autobiografía: «Habría que enseñar a los niños a odiar el vicio por su propia naturaleza para que no solamente evitaran caer en él, sino que lo abominaran en sus corazones —que el solo pensamiento del vicio les repugnara en cualquier forma que tomara.» El arrepentimiento quiere decir que la persona que estaba enamorada del pecado llega a aborrecerlo a causa de su indudable pecaminosidad.

(iii) Tenemos la palabra *creed*. «Creed —dice Jesús— la buena noticia.» Creer la Buena Noticia quiere decir simplemente tomarle la palabra a Jesús, creer que Dios es la clase de Dios que Jesús nos ha presentado, creer que Dios ama de tal manera al mundo que hará cualquier sacrificio para hacerlo volver a Él, creer que lo que nos parece demasiado bueno para ser verdad es verdad en realidad.

quiere decir *Lugar del pescado salado*, y era allí donde se preparaba el pescado para exportarlo a Jerusalén y aun a la misma Roma. La industria del pescado salado era un negocio importante en Galilea.

Los pescadores usaban dos clases de redes, que se mencionan o se implican en los evangelios. Usaban la red que llamaban *saguênê*. Esta era una clase de red barredera. Se dejaba caer desde la punta de la barca, y tenía pesas que la hacían mantenerse, digamos, de pie en el agua. Entonces la barca se movía hacia adelante tirando juntamente de los cuatro extremos de la red, que era como un gran saco que se moviera por el agua encerrando a los peces. La otra clase de red, la que estaban usando aquí Pedro y Andrés, se llamaba *amfíblêstron*. Era mucho más pequeña; se echaba al agua hábilmente a mano, y tenía la forma como de una sombrilla.

Naturalmente, es de sumo interés estudiar a los hombres que escogió Jesús como Sus primeros seguidores.

(i) Debemos fijarnos en *lo que eran*. Eran personas sencillas. No procedían de las escuelas ni de los colegios; no eran eclesiásticos ni aristócratas; no eran ni eruditos ni adinerados. Eran pescadores. Es decir: eran gente corriente y moliente. Nadie creyó tanto en las personas normales y corrientes como Jesús. Una vez dijo George Bernard Shaw: «No he sentido nunca ningún interés en las clases trabajadoras, excepto el deseo de acabar con ellas y reemplazarlas por personas sensatas.» En *The Patrician —El Patricio—*, John Galsworthy hace decir a Miltoun, uno de sus personajes: «¡La masa! ¡Cómo me repugna! Aborrezco su mezquina estupidez, me repelen el sonido de su voz y sus gestos, ¡tan vulgares, tan insignificantes!» Una vez declaró Carlyle en un momento de mal genio que había veintisiete millones de personas en Inglaterra —¡la mayor parte, estúpidos! Jesús no tenía esa actitud. Lincoln decía: «Dios tiene que querer mucho a las personas corrientes —por eso ha hecho tantas.» Era como si Jesús dijera: «Dadme doce personas normales y corrientes, y con ellas, si se entregan a Mí, cambiaré el mundo.» Uno no

(iv) Por último debemos notar *lo que Jesús les ofreció. Les ofreció una tarea*. No los llamó a la inactividad, sino al servicio. Como ha dicho Ortega y Gasset: «Descubrir, caer en la cuenta de que la vida en su última substancia consiste en tener que ser dedicada a algo, ... tomar en vilo nuestra existencia entera y entregarla a algo, dedicarla..., esa es la averiguación fundamental del cristianismo, lo que indeleblemente ha puesto en la historia, es decir, en el hombre... Díganme ustedes qué otra cosa significa la frase tan repetida en el Nuevo Testamento y como casi todo el Nuevo Testamento tan paradójica: “El que pierde su vida es el que la gana.” Es decir: Da tu vida, enajénala, entrégala; entonces es verdaderamente tuya, la has asegurado, ganado, salvado» (*En torno a Galileo*). Jesús llamó a Sus hombres, no a una cómoda tranquilidad, ni a un letargo inactivo, sino a una tarea en la que tendrían que gastarse y consumirse y, al final, morir por Él y por sus semejantes. Los llamó a una tarea en la que habrían de ganar algo por sí mismos solamente entregándose por completo a Él y a los demás.

JESÚS EMPIEZA SU CAMPAÑA

Marcos 1:21s

Así es que entraron en Cafarnaum; y seguidamente, el día del sábado, Jesús entró en la sinagoga y se puso a enseñar; y la gente estaba totalmente alucinada de su manera de enseñar, porque les enseñaba como el que tenía autoridad personal, y no como los maestros de la Ley.

La historia de Marcos se desarrolla en una serie de pasos lógicos y naturales. Jesús reconoció en el surgir de Juan el Bautista la llamada de Dios a la acción. Fue bautizado, y recibió el sello de la aprobación de Dios, y el equipamiento de

tocar la trompeta de plata para anunciar la llegada del sábado, y de la educación elemental de los niños de la comunidad. Lo que no tenía la sinagoga era un predicador o maestro permanente. Cuando se reunían para el culto, el principal podía llamar a cualquier persona competente para que hiciera el sermón o la exposición. No existía tal cosa como un ministerio profesional. Por eso Le fue posible a Jesús empezar Su campaña en las sinagogas. Todavía no se había endurecido la oposición hasta convertirse en hostilidad. Se sabía que Jesús tenía mensaje, y por esa razón la sinagoga de cualquier comunidad ponía a Su disposición un púlpito desde el que podía instruir y llamar a la gente.

Cuando Jesús enseñaba en la sinagoga, la totalidad de Su método y la atmósfera de Su enseñanza eran toda una revelación. Él no enseñaba como los escribas, los maestros de la Ley. ¿Quiénes eran estos escribas?

Para los judíos, la cosa más sagrada de este mundo era la *Torá*, la Ley. La esencia de la Ley se contenía en los Diez Mandamientos, pero por Ley se entendía los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, el Pentateuco. Para los judíos, esta Ley era totalmente divina. Creían que se la había dado Dios directamente a Moisés. Era absolutamente santa y totalmente vinculante. Decían: «El que diga que la *Torá* no es de Dios, no tiene parte en el mundo futuro.» «El que diga que Moisés escribió un solo versículo por sí mismo, niega y desprecia la Palabra de Dios.»

Si la *Torá* era tan divina, eso tenía dos consecuencias. La primera, tenía que ser la regla suprema de fe y de conducta; y la segunda, tenía que contener todo lo necesario para guiar y para dirigir la vida. Si así eran las cosas, la *Torá* exigía dos cosas. La primera: había de dársele el máximo cuidado y el estudio más meticuloso. La segunda: la *Torá* contiene grandes principios generales; pero si se supone que contiene directrices para *toda* la vida, lo que está implícito en ella tiene que hacerse explícito. Las grandes leyes deben convertirse en reglas y normas particulares. Así se razonaba.

LA PRIMERA VICTORIA SOBRE LOS PODERES DEL MAL

Marcos 1:23-28

Había en la sinagoga un hombre al que tenía en sus garras un espíritu inmundo. De pronto, se puso a gritar:

—¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? —dijo—. Has venido a destruirnos. Sé muy bien Quién eres: el Santo de Dios.

Jesús le reprendió seriamente, y le dijo:

—¡Cállate, y sal de él!

El espíritu inmundo le produjo convulsiones al hombre, y le hizo dar gritos, y finalmente salió de él. Todos los presentes estaban tan alucinados que no hacían más que preguntarse unos a otros:

—¿Qué es esto? ¡Es una nueva clase de enseñanza! Le da órdenes con autoridad hasta a los espíritus inmundos, y Le obedecen.

Y la noticia de Jesús se difundió en seguida por todos los alrededores del distrito de Galilea.

Si las palabras de Jesús habían sorprendido a la gente de la sinagoga, Sus obras los dejaron alucinados. En aquella sinagoga había un hombre al que tenía dominado un espíritu inmundo. Este armó una gran confusión, y Jesús le sanó.

En los evangelios nos encontramos constantemente con personas que tenían espíritus inmundos y que estaban poseídas por demonios o diablos. ¿Qué había detrás de todo eso?

Los judíos, y por supuesto todos los pueblos de la antigüedad, creían firmemente en los demonios y los diablos. Como dijo Harnack: «Todo el mundo y la atmósfera que lo circundaba estaban llenos de diablos; no solamente la idolatría, sino todas las fases y las formas de la vida estaban gobernadas por ellos. Se sentaban en los tronos, jugueteaban en las cunas. La Tierra era literalmente un infierno.»

a su izquierda. Vivían en lugares inmundos tales como tumbas y sitios en los que no había agua para limpiarlos. Vivían en el desierto, donde se podían escuchar sus aullidos. De ahí la expresión «un desierto aullante.» Eran especialmente peligrosos para los viajeros solitarios, para las mujeres que estaban de parto, para la novia y el novio, para los niños que estaban fuera de casa después de ponerse oscuro y para todos los que iban de viaje por la noche. Estaban especialmente activos en el calor del mediodía y entre la puesta y la salida del sol. Había un demonio de la ceguera, y un demonio de la lepra, y un demonio de las enfermedades de corazón. Podían pasarles a las personas sus dones malignos. Por ejemplo, el mal de ojo, que podía dar mala suerte y en el que todos creían, se lo transmitían los demonios a ciertas personas. Realizaban su obra utilizando ciertos animales —la serpiente, el toro, el asno y el mosquito. Los demonios machos se llamaban *shedîm*, y las hembras *lilîn*, de Lilith. Las hembras tenían el pelo largo, y eran las enemigas de los niños. Por eso los niños necesitaban a sus ángeles de la guarda (*Mateo 18:10*).

No importa que creamos o no en todo esto; no viene a cuento si es verdad o no. De lo que no cabe duda es de que los que vivían en los tiempos del Nuevo Testamento sí creían. Todavía conservamos muchas expresiones, como *¡pobre diablo!*, *andar el diablo suelto*, *darse al diablo*, *llevarse a uno los demonios*, *tener el diablo en el cuerpo*, *ponerse uno hecho un demonio...* amplio repertorio en el D.R.A.E., que son reliquias de unas creencias no tan distantes. Cuando una persona creía que estaba poseída, era «consciente de sí misma y al mismo tiempo de otro ser que la obligaba y controlaba desde dentro.» Esto explica por qué los posesos de Palestina gritaban a menudo cuando se encontraban con Jesús. Sabían que el Reinado del Mesías sería el fin de los demonios; y la persona que se creía poseída hablaba como un demonio cuando se encontraba en la presencia de Jesús.

Había muchos exorcistas que pretendían poder expulsar a los demonios. Tan real era esta creencia que el año 340 d.C.

UN MILAGRO EN PRIVADO

Marcos 1:29-31

Y acto seguido, cuando salieron de la sinagoga, fueron con Pedro y Juan a casa de Simón y Andrés.

La suegra de Pedro estaba acostada con un ataque de fiebre. Inmediatamente Le dijeron a Jesús lo que le pasaba. Él se dirigió a ella, la tomó de la mano y la levantó; y la fiebre le desapareció, y ella se hizo cargo de lo que ellos necesitaban.

Jesús había hablado y actuado en la sinagoga de la manera más sorprendente. Cuando terminó el culto de la sinagoga, Jesús se fue con Sus amigos a la casa de Pedro. Los judíos tenían la costumbre de tomar la comida principal del sábado inmediatamente después del culto de la sinagoga, a la hora sexta, es decir, a las 12 del mediodía. (El día judío empezaba a las 6 de la mañana, y las horas se contaban desde entonces). Jesús podría muy bien haber reclamado el derecho a descansar después de la experiencia emocionante y agotadora del culto de la sinagoga. Pero una vez más se Le hizo saber la necesidad de Su poder, y una vez más Él Se dio a los demás. Este milagro nos dice algo acerca de tres personas.

(i) Nos dice algo acerca de *Jesús*. Él no necesitaba una gran audiencia para ofrecer Su poder; estaba tan dispuesto a sanar en el pequeño círculo de una cabaña como entre la gran concurrencia de una sinagoga. Nunca estaba demasiado cansado para ayudar. La necesidad de otros siempre tenía prioridad sobre Su propio deseo de descansar. Pero, sobre todo, vemos aquí, como vimos en la sinagoga, el carácter exclusivo de los métodos de Jesús. Había muchos exorcistas en los tiempos de Jesús, que actuaban con ensalmos elaborados y fórmulas y encantamientos y parafernalia mágica. Jesús había dicho en la sinagoga una palabra de autoridad, y la sanidad se había producido.

compañerismo con Jesús que tenía el anciano pastor. Desde entonces Él es siempre el centro de mi devoción y mi compañero de viaje. A Él Le complace lo que yo hago (Cp. *Eclesiastés 9:7*), y Se toma interés en ello. Jesús es un Amigo con el Que puedo discutir todo lo que me sucede en la vida. Él comparte mi gozo y mi dolor, mis esperanzas y mis temores. Él está allí cuando un paciente me habla de corazón, escuchándole conmigo y mejor que yo. Y cuando el paciente se va, yo puedo hablar con Él acerca de él.»

Ahí está la verdadera esencia de la vida cristiana. Como dice el himno: «Cuéntaselo en oración.» En tan poco tiempo, ya los discípulos habían aprendido lo que llegaría a ser el hábito de su vida: el llevarle todos sus problemas a Jesús y pedirle ayuda para resolverlos.

(iii) Nos dice algo acerca de *la suegra de Pedro*. Tan pronto como se sintió bien, empezó a atender a las necesidades de los demás. Usó su salud recuperada para un servicio renovado. Una gran familia escocesa tiene el lema: «Salvos para servir.» Jesús nos ayuda para que podamos ayudar a otros.

EL PRINCIPIO DE LAS MULTITUDES

Marcos 1:32-34

Cuando llegó la tarde y ya se había puesto el sol, empezaron a traerle a Jesús a todos los que estaban enfermos o poseídos de demonios. Todo el pueblo se agolpó a la puerta; y Jesús sanó a muchos que estaban enfermos de diversas dolencias, y echó a muchos demonios; y les prohibía a los demonios hablar, porque Le conocían.

Las cosas que había hecho Jesús en Cafarnaum no podían mantenerse secretas. El surgimiento de un nuevo poder y de una nueva autoridad tan grandes era algo que no se podía

a Dios en días de prosperidad, diez mil se Le dirigen en tiempo de adversidad. Muchas personas que no han hecho nunca oración cuando brillaba el sol empiezan a orar cuando soplan los vientos fríos.

Alguien ha dicho que muchas personas consideran que la religión «pertenece al servicio de ambulancias, y no a la primera línea de fuego de la vida.» La religión es para esas personas un recurso para las crisis. Es sólo cuando se han metido en líos, o cuando la vida les asesta algunos de sus golpes terribles cuando empiezan a acordarse de Dios. Debemos todos ir a Jesús porque Él es el Único que nos puede dar las cosas necesarias para la vida; pero si ese ir y esos dones no producen en nosotros una respuesta de amor y agradecimiento y entrega, hay algo trágicamente erróneo en nuestra situación. Dios no es simplemente Alguien a Quien podemos usar en el día de la desgracia; es Alguien a Quien debemos amar y recordar todos los días de nuestra vida.

EL RETIRO DEVOCIONAL Y EL DESAFÍO DE LA ACCIÓN

Marcos 1:35-39

Muy temprano, cuando era todavía de noche, Jesús Se levantó y salió. Se fue a un despoblado, y estuvo orando allí.

Simón y sus amigos Le siguieron el rastro, y Le dijeron:

—Todo el mundo Te está buscando.

—Vamos a algún otro lugar —les dijo Jesús—; a los pueblos cercanos, para que proclame la Buena Noticia también allí; porque para eso es para lo que he venido.

Así es que iba a las sinagogas por toda Galilea proclamando la Buena Noticia y echando a los demonios por dondequiera que iba.

Jesús hizo una campaña de predicación por las sinagogas de Galilea. En *Marcos* esta campaña se resume en un solo versículo, pero debe de haber durado semanas y hasta meses. A Su paso, Él *predicaba* y *sanaba*. Hay tres pares de cosas que Jesús nunca separaba.

(i) Jesús nunca separaba *las palabras de las obras*. Él nunca creía que una labor estaba terminada cuando no se había hecho más que empezarla; Él nunca creía que había cumplido Su misión cuando había exhortado a la gente a volver a Dios y a la bondad. Siempre había que pasar de la afirmación y la exhortación a la acción. Fosdick cuenta en alguna parte que un estudiante compró los mejores libros que pudo y el mejor equipo que pudo, y se hizo con una silla especial para estudiar con un atril especial para sostener el libro; y entonces se sentó en aquella silla, y se quedó dormido. La persona que cultiva las palabras pero no las acciones hace algo parecido.

(ii) Jesús nunca separaba *el alma del cuerpo*. Ha habido tipos de cristianismo que hablaban como si el cuerpo no importara. Pero la persona se compone de alma y cuerpo; y la tarea del Cristianismo es redimir la persona total, y no sólo una parte de ella. Es, desde luego, benditamente cierto que una persona puede que esté muriéndose de hambre, viviendo en una chabola, en angustia y en dolor, y sin embargo tenga momentos deliciosos de comunión con Dios; pero eso no es razón para que se la deje en tal estado. Las misiones a las razas primitivas no llevan solamente la Biblia; también llevan la educación y la medicina; llevan la escuela y el hospital además de la iglesia. Es un absurdo hablar del *evangelio social* como si fuera un extra, o una opción, o hasta una parte separable del mensaje cristiano. El mensaje cristiano es uno solo, y se expresa en palabras y acciones para bien de los cuerpos tanto como de las almas.

(iii) Jesús nunca separaba *la Tierra y el Cielo*. Hay algunos que están tan preocupados con el Cielo que se olvidan de la Tierra, y se convierten en unos visionarios inútiles. También hay algunos que están tan preocupados con la Tierra, y se

enfermedad reduce a un ser humano por tantos años a una ruina tan repulsiva.» Consideremos en primer lugar los hechos.

Hay tres clases de lepra. (1) Está *la lepra tuberculoide*. Empieza por un letargo inexplicable y dolores en las articulaciones. Más tarde aparecen en el cuerpo, especialmente en la espalda, manchas simétricas descoloridas. En ellas se forman pequeños nódulos, al principio rosas, que luego se vuelven marrones. La piel se pone más gruesa. Los nódulos se agrupan especialmente en los pliegues de las mejillas, la nariz, los labios y la frente. Cambia de tal manera el aspecto total de la cara que la persona pierde su aspecto humano y parece más, como decían los antiguos, como un león o un sátiro. Los nódulos se van haciendo cada vez más grandes; se ulceran y echan un pus repugnante. Se les caen las cejas; los ojos se les ponen saltones; la voz se vuelve áspera, y le silba el aliento a causa de la ulceración de las cuerdas vocales. También se les ulceran las manos y los pies. Poco a poco el paciente se convierte en una masa de bultos ulcerados. El curso normal de la enfermedad es de nueve años, y acaba en la pérdida de la razón, coma y, por fin, la muerte. El paciente se convierte en un ser repulsivo para sí mismo y para los demás.

(ii) Está *la lepra anestésica*. Las etapas iniciales son las mismas; pero quedan afectados los nervios. El área infectada pierde la sensibilidad. Esto puede suceder sin que el paciente se dé cuenta; y puede que no lo note hasta que sufra algunas quemaduras y descubra que no siente los dolores que serían normales. Conforme se desarrolla la enfermedad el daño que se produce en los nervios causa manchas descoloridas y ampollas. Los músculos se degeneran; los tendones se contraen hasta el punto de dejar las manos como garras. Siempre se deforman las uñas. Se producen ulceraciones crónicas en los pies y en las manos seguidas de la progresiva pérdida de los dedos hasta que al final se les cae la mano o el pie enteros. La duración de la enfermedad puede llegar hasta entre veinte y treinta años. Es una especie de terrible muerte lenta por un deterioro progresivo de todo el cuerpo.

leproso» que había en los muros. El leproso tenía que asumir, no sólo el sufrimiento físico de su enfermedad, sino también la angustia mental y espiritual de estar totalmente desterrado de la sociedad y evitado aun por los suyos.

Si se diera alguna vez el caso de que un leproso se curara —y la verdadera lepra era incurable, así es que se trataría de cualquiera de las otras enfermedades de la piel— tenía que pasar por una complicada ceremonia de restauración que se describe en *Levítico 14*. Le reconocía un sacerdote. Llevaba dos avecillas, y se mataba una sobre agua corriente. Además se llevaba madera de cedro, grana e hisopo. Estas cosas y la avecilla viva se mojaban en la sangre de la avecilla muerta, y entonces se soltaba la viva. El hombre se lavaba, así como su ropa, y se afeitaba. Se dejaban pasar siete días, y luego se le reconocía otra vez. Entonces tenía que afeitarse todo el pelo del cuerpo. Ofrecía algunos sacrificios —dos corderos y una cordera de un año sin tacha; tres décimos de un efa de flor de harina mezclada con aceite y un log de aceite. Las cantidades eran menores para los pobres. Al paciente restaurado se le tocaba el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y del pie derecho con la sangre de la víctima y luego con el aceite. Se le reconocía por última vez y, si no le quedaban restos de la enfermedad, se le permitía volver a la sociedad con un certificado de que estaba limpio.

Aquí tenemos una de las escenas más reveladoras de Jesús.

(i) No rechazó a una persona que estaba quebrantando la Ley. El leproso no tenía derecho a acercársele y hablarle, pero Jesús no le rechazó. Salió al encuentro de una necesidad humana con una compasión comprensiva.

(ii) Jesús extendió el brazo, y le tocó. Tocó a un hombre intocable, porque era inmundo. Para Jesús no lo era; era simplemente un alma humana con una necesidad desesperada.

(iii) Después de limpiarle, Jesús le envió a cumplir las normas legales. Él cumplía las leyes y la justicia humanas. Él no desafiaba impunemente los convencionalismos; sino, cuando era necesario, los aceptaba y cumplía.

La techumbre de las casas de Palestina era plana, como una terraza, que se usaba para estar tranquilos y para descansar; así es que era corriente que hubiera una escalera exterior para subir. Los materiales de la cubierta se prestaban a lo que hicieron estos cuatro amigos decididos. La cubierta estaba formada por vigas planas que iban de una pared a otra separadas cosa de un metro entre sí. El espacio entre las vigas se llenaba de cañizo y de tierra, y la superficie se alisaba como fuera. La mayor parte de la cubierta era de tierra, y no era raro que creciera la hierba en el tejado de la casa palestina. Fue la cosa más fácil del mundo descubrir una parte del relleno entre dos vigas, hacer un agujero suficientemente grande y bajar por él al enfermo justamente a los pies de Jesús. Aquello no era un destrozo considerable, ya que sería fácil dejarlo como estaba antes. Cuando Jesús vio la fe que se reía de los obstáculos, debe de haber sonreído complacido y comprensivo. Miró al hombre, y le dijo: «Hijo, tus pecados se te han perdonado.»

Esta puede parecernos una manera un poco extraña de comenzar una cura. Pero en Palestina, en tiempos de Jesús, era natural e inevitable. Los judíos relacionaban necesariamente el pecado y el sufrimiento. Creían que si una persona estaba sufriendo, sería porque había pecado. Ese era de hecho el razonamiento de los amigos de Job. «Piensa ahora, ¿qué inocente se pierde? ¿Dónde los rectos son destruidos?» (*Job 4:7*). Los rabinos tenían un dicho: «Ningún enfermo puede curarse hasta que todos sus pecados se le hayan perdonado.» Todavía seguimos encontrando estas mismas ideas entre los pueblos primitivos. Paul Tournier escribe: «¿Es que no nos informan los misioneros de que la enfermedad es una deshonra a los ojos del salvaje? Hasta los que se convierten al Cristianismo no osan ir a la comunión cuando están enfermos, porque se consideran rechazados por Dios.» Para los judíos, un enfermo era alguien con quien Dios estaba enfadado. Es verdad que gran número de enfermedades se deben al pecado; y más verdad todavía que vez tras vez se deben, no al pecado del que padece la enfermedad, sino de otros. Nosotros no establecemos

Es una historia preciosa, porque lo primero que Jesús hace por cada uno de nosotros es decirnos: «Hijo, Dios no está enfadado contigo. Vuelve a casa, y no tengas miedo.»

LA PRUEBA IRREFUTABLE

Marcos 2:7-12

Algunos de los maestros de la Ley estaban allí sentados, y se pusieron a cavilar para sus adentros:

—¿Cómo puede hablar así este tipo? ¡Está blasfemando! ¿Es que hay alguien que pueda perdonar los pecados más que Dios?

Jesús Se dio cuenta inmediatamente en Su interior de lo que se les estaba pasando a ellos por la mente, así es que les dijo:

—¿Por qué estáis cavilando en vuestro interior? ¿Qué es más fácil, decirle a un paralítico: «Tus pecados están perdonados», o decirle: «Levántate, carga con tu camilla y ponte a andar»? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la Tierra para perdonar los pecados —entonces le dijo al paralítico—, esto te lo digo a ti: ¡Levántate, carga con tu camilla y vete a casa!

Y el paralítico se levantó, e inmediatamente cargó con su cama y salió delante de todos ellos. Todos reaccionaron quedándose alucinados, y no dejaban de alabar a Dios ni de repetir:

—¡Esto es algo que no se había visto nunca en la vida!

Jesús, como ya hemos visto, ya había atraído a las multitudes. En consecuencia, también había suscitado la atención de los responsables oficiales de los judíos. El Sanedrín era su tribunal supremo, y una de sus funciones era ser guardián de la ortodoxia. Por ejemplo: uno de los deberes del Sanedrín era descubrir a los falsos profetas. Aquí parece que el Sanedrín

maestros de la Ley; y, peor: tiene que haberlos dejado con una rabia tanto mayor cuanto impotente. Ahí tenían un problema que tenían que resolver; si la cosa continuaba, toda su religión ortodoxa se colapsaría y destruiría. En este incidente Jesús firmó Su propia sentencia de muerte —a sabiendas.

Por todo lo cual este es un incidente sumamente difícil. ¿Qué quiere decir que Jesús puede perdonar el pecado? Hay tres posibles maneras de considerar esto.

(i) Podemos tomarlo en el sentido de que Jesús estaba comunicando a los hombres el perdón de Dios. Después de la reprensión de Natán, David reconoció su pecado con temor, y el profeta le dijo: «El Señor ha perdonado tu pecado; no morirás» (2 Samuel 12:1-13). Natán no le perdonó su pecado a David, sino le comunicó el perdón de Dios, y le dio como señal de la seguridad del perdón el hecho de que no moriría. Así podemos decir que lo que Jesús hizo fue asegurarle al hombre el perdón de Dios, comunicándole algo que Dios ya le había concedido. Esto es indudablemente cierto; pero no parece agotar toda la verdad.

(ii) Podríamos tomarlo como que Jesús estaba actuando como representante de Dios. Juan dice: «El Padre no juzga a nadie, sino que ha dejado todo el juicio al Hijo» (Juan 5:22).

Si se Le ha encargado del juicio a Jesús, también se Le tiene que haber encargado del perdón. Tomemos una analogía humana. Las comparaciones son siempre imperfectas, pero no podemos prescindir de ellas. Una persona puede darle a otra *unos poderes notariales*. Eso quiere decir que le ha confiado sus bienes y propiedades. Está conforme con lo que su representante haga en su nombre, y que las acciones de su representante se consideren tan vinculantes como si fueran realizadas por él mismo. Podemos tomarlo como que eso es lo que Dios hizo con Jesús: delegar en Él Sus poderes y privilegios de tal manera que la palabra de Jesús no fuera menos que la palabra de Dios mismo.

(iii) Podemos tomarlo todavía en otro sentido. Toda la esencia de la vida de Jesús es que en Él se nos muestra

Cuando iba andando por allí vio a Leví hijo de Alfeo, sentado en la cabina donde se pagaban las aduanas, y le dijo:

— ¡Sígueme!

Y Leví se levantó y siguió a Jesús.

Cautelosa e inexorablemente la puerta de la sinagoga se Le iba cerrando a Jesús. Los guardianes de la ortodoxia judía Le habían declarado la guerra. Ahora Jesús enseñaba, no en la sinagoga, sino a la orilla del lago. Su iglesia estaría al aire libre, sin más techumbre que el cielo azul, y con la colina o la barca de pesca como púlpito. El Hijo de Dios fue excluido de lo que se consideraba la casa de Dios.

Jesús iba paseando por la orilla del lago y enseñando. Esa era una de las maneras más corrientes de enseñar que tenían los rabinos. Cuando los rabinos judíos iban de camino de un lugar a otro o se daban un paseo al aire libre, sus discípulos se agrupaban a su alrededor andando con ellos y escuchando lo que les decían. Jesús estaba haciendo lo que cualquier rabino.

Galilea era uno de los grandes centros de comunicaciones del mundo antiguo. Se ha dicho que «Judea no estaba de camino a ningún sitio; Galilea estaba de paso a todo el mundo.» Palestina era una tierra puente entre Europa y África; todo el tráfico terrestre tenía que pasar por ella. La gran carretera del mar iba desde Damasco, pasando por Galilea, por Cafarnaum, por debajo del Carmelo, a lo largo de la llanura de Sarón, pasando por Gaza y hacia Egipto. Era una de las grandes carreteras del mundo. Otra carretera iba desde Acre en la costa, atravesaba el Jordán y seguía hacia Arabia y las fronteras del imperio, una carretera transitada constantemente por regimientos y caravanas.

Palestina estaba dividida por aquel tiempo. Judea era una provincia romana bajo un procurador romano; Herodes Antipas, uno de los hijos de Herodes el Grande, gobernaba Galilea; el territorio hacia el Este que incluía Gaulonítida, Traconítida y Batanea, era gobernado por Felipe, otro de los

reunión de señoras. Había estado viviendo con un chino, y tenía un bebé mestizo que llevaba con ella. Le gustaba la reunión y volvía una y otra vez. Entonces el pastor se dirigió a ella y le dijo: «Debo pedirle que no vuelva por aquí.» La mujer le devolvió la pregunta con la mirada; y él le contestó: «Las otras mujeres dicen que dejarán de venir si usted continúa viniendo.» Ella se le quedó mirando con una sorpresa dolorida, y le dijo: «Señor, ya sé que soy una pecadora; ¿pero no hay ningún sitio adonde pueda ir una pecadora?» Afortunadamente el Ejército de Salvación encontró a aquella mujer y la reclamó para Cristo.

Eso era precisamente lo que Mateo tenía que arrostrar hasta que encontró a Uno que vino al mundo a buscar y a salvar lo que se había perdido.

(iii) Esta historia nos dice algo acerca de Jesús. Fue cuando iba paseando por la orilla del lago cuando llamó a Mateo. Como decía un gran profesor: «Hasta cuando estaba dándose un paseo estaba buscando oportunidades.» Jesús no estaba nunca fuera de servicio. Si podía encontrar a una persona para Dios mientras se estaba dando un paseo, la encontraba. ¡Qué cosecha podríamos reunir si buscáramos gente para Cristo cuando vamos andando por ahí!

(iv) De todos los discípulos, Mateo fue el que renunció a más. Literalmente lo dejó todo para seguir a Jesús. Pedro y Andrés, Santiago y Juan podían volver a la pesca. Siempre habría peces que pescar y siempre podrían volver a su antiguo trabajo; pero Mateo quemó las naves definitivamente. En una sola acción, en un momento del tiempo, con una rápida decisión, se excluyó de su trabajo para siempre; porque una vez que se dejaba el trabajo de cobrador de impuestos, ya no se podía recuperar. Requiere un gran hombre el hacer una gran decisión; y sin embargo, a toda vida le llega el momento de decidir.

Cierto hombre famoso tenía la costumbre de darse largos paseos por el campo en Dartmoor. Cuando llegaba a un arroyo demasiado ancho para cruzarlo fácilmente, lo primero que

DONDE ES MAYOR LA NECESIDAD***Marcos 2:15-17***

Jesús era uno de los comensales en casa de Leví, y muchos cobradores de impuestos y pecadores estaban sentados con Jesús y Sus discípulos, porque eran muchos los que buscaban Su compañía.

Cuando los maestros de la Ley, que pertenecían a la escuela de los fariseos, vieron que Jesús estaba comiendo en compañía de pecadores y cobradores de impuestos, empezaron a decirles a Sus discípulos:

— ¡Es con cobradores de impuestos y pecadores con los que está comiendo y bebiendo vuestro Maestro!

Jesús los oyó, y dijo:

— Los que necesitan un médico no son los que disfrutan de buena salud, sino los que están enfermos. Yo no he venido a invitar a los que creen que no tienen defectos, sino a los que saben que son pecadores.

Una vez más Jesús está lanzando el guante del desafío a los escribas y los fariseos.

Cuando Mateo se entregó a Jesús, Le invitó a su casa. Le parecía lo más natural, una vez que había descubierto a Jesús por sí mismo, el compartir su gran descubrimiento con sus amigos —y sus amigos eran como él. No podían ser de otra manera. Mateo había escogido un trabajo que le excluía de la sociedad de todas las personas ortodoxas y respetables, y había tenido que buscar sus amigos entre los marginados como él. Jesús aceptó encantado aquella invitación; y aquellos marginados de la sociedad decente buscaron Su compañía.

No hay nada que pueda mostrar mejor la diferencia que había entre Jesús, y los escribas y los fariseos y las buenas personas ortodoxas de Su tiempo. Estos no eran la clase de gente cuya compañía habría buscado un pecador. Le habrían mirado con una actitud de condenación y de superioridad

hacerlo todo es la persona que es y se sabe pecadora, y que anhela de corazón la cura. No tener ningún sentido de necesidad es haber erigido una barrera entre nosotros y Jesús; tener un sentimiento de necesidad es poseer el pasaporte a Su presencia.

La actitud de los judíos ortodoxos para con los pecadores se componía realmente de dos cosas.

(i) Se componía de *desprecio*. «El hombre ignorante de la Ley —decían los rabinos— no puede nunca ser piadoso.» El filósofo griego Heráclito era un aristócrata arrogante. Un cierto Escitino se propuso poner en verso los discursos de Heráclito para que la gente menos intelectual pudiera leerlos y entenderlos. La reacción de Heráclito se plasmó en un epigrama: «Heráclito soy. ¿Por qué me arrastráis arriba y abajo, vosotros ignorantes? No fue para vosotros para los que yo trabajé, sino para los que me entienden. Uno de ellos a mis ojos vale por treinta mil, mientras que las hordas innumerables no valen lo que uno de ellos.» La masa no le inspiraba más que desprecio. Los escribas y los fariseos despreciaban a las personas corrientes; Jesús las amaba. Los escribas y los fariseos se colocaban en sus pequeños pedestales de piedad ritualista, y miraban por encima del hombro al pecador; Jesús se acercaba a él, y al sentarse a su lado le elevaba.

(ii) Se componía de *miedo*. Los judíos ortodoxos le tenían un miedo terrible al contagio del pecado; tenían miedo de que se les pegara algo malo del pecador. Eran como un médico que se negara a tratar un caso de enfermedad infecciosa no fuera que la contrajera. Jesús era Uno que se olvidaba de Sí mismo en Su gran deseo de salvar a otros. C. T. Studd, el gran misionero de Cristo, tenía un epigrama de cuatro versos que le encantaba citar:

*Hay quienes quieren vivir en el radio
que alcanzan las campanas de su iglesia;
yo tengo mi servicio de rescate
a un palmo del infierno.*

agradables para poder apreciarlas aún más. Una de las mejores maneras de aprender a apreciar nuestros hogares es tener que pasar algún tiempo fuera de ellos; y una de las mejores maneras de apreciar los dones de Dios es prescindir de ellos por algún tiempo.

Estas son buenas razones para ayunar. Lo malo de los fariseos era que en demasiados casos ayunaban por exhibicionismo, para llamar la atención de *la gente* a su piedad. Llegaban hasta a pintarse la cara de blanco y salir descuidadamente vestidos los días de ayuno para que no se pudiera por menos de notar que estaban ayunando, y para que todos observaran y admiraran su devoción. Era para llamar la atención de *Dios* a su piedad. Creían que ese acto especial de piedad extra haría que Dios se fijara en ellos. Su ayuno era un rito y un ritual de exhibicionismo. Para tener algún valor, el ayuno no debe ser un rito; debe ser la expresión de un sentimiento del corazón.

Jesús usó una alegoría gráfica para decirles a Sus objetores por qué Sus discípulos no ayunaban. Después de una boda judía, la pareja no se iba para la luna de miel, sino se quedaba en casa. Durante una semana o así mantenían su casa abierta y estaban de fiesta y de celebración. En un tiempo en que la vida era tan dura, la semana de la boda era la más feliz de la vida de una persona. Los más íntimos amigos y amigas de los novios estaban invitados aquella semana; y se los llamaba «los hijos del tálamo nupcial.» Jesús comparó Su pequeña compañía con los hijos del tálamo nupcial, los huéspedes especiales en una fiesta de bodas. Había una disposición rabínica concreta que decía: «Todos los que están al servicio del novio quedan relevados de todas las prácticas religiosas que hubieran reducido su alegría.» Los invitados a una boda estaban exentos de ayunar.

Este incidente nos dice que la actitud característicamente cristiana en la vida es la alegría. El descubrir a Cristo y el estar en Su compañía es la clave de la felicidad. Hubo un famoso criminal japonés llamado Tockichi Ishii. Era un despiadado total y bestial. Había asesinado brutalmente a

Jesús sabía muy bien que había venido con un mensaje alucinantemente nuevo; y también sabía que su manera de vivir era alucinantemente diferente de la de un rabino ortodoxo. También sabía lo difícil que les es a las mentes humanas aceptar y retener una verdad nueva; y usa aquí dos ilustraciones para mostrar lo necesario que es tener una mente aventurera.

Nadie tuvo jamás un don comparable al de Jesús para descubrir y utilizar ilustraciones hogareñas. Una y otra vez encuentra en las cosas sencillas caminos e indicadores que apuntan a Dios. No ha habido nadie tan experto en guiar del «aquí y ahora» al «allí y entonces.» Para Jesús «la Tierra estaba henchida de Cielo.» Jesús vivía tan cerca de Dios que todo Le hablaba de Dios. Alguien ha dicho que los sábados por la tarde solía ir a dar un paseo por el campo con uno de los más famosos predicadores escoceses. Tenían largas conversaciones. Hablando de ellas después, decía: «De cualquier tema en que empezara nuestra conversación, él siempre encontraba el atajo que conducía a Dios.» Dondequiera que Jesús fijaba la mirada veía un destello de Dios.

(i) Jesús nos habla aquí del peligro de coser un remiendo de tela nueva en una ropa vieja. La palabra que se usa aquí quiere decir que la tela nueva no se había lavado nunca, y por tanto no había encogido; así que, cuando la ropa se mojó por la lluvia o por lo que fuera, el remiendo encogió, y como era mucho más fuerte que la tela vieja, la rasgó todavía más. Llega un momento cuando ya no se pueden seguir poniendo parches, y hay que plantearlo todo de nuevo. En los tiempos de Lutero ya no era posible remendar más los abusos de la Iglesia Católica Romana. Había llegado el momento de *la Reforma*. En tiempos de John Wesley, por lo menos para él, el tiempo de remendar la Iglesia de Inglaterra había pasado. No quería salirse, pero al final tuvo que hacerlo, porque sólo una nueva manera de vivir la vida cristiana podía bastar. Puede ser que haya veces que tratemos de poner parches, cuando lo que se necesita es prescindir totalmente de lo viejo y aceptar totalmente lo nuevo.

PIEDAD, VERDADERA Y FALSA

Marcos 2:23-28

Cierto sábado, Jesús iba pasando por unos trigales. Sus discípulos se pusieron a arrancar espigas cuando iban pasando por allí y a comerse los granos. Los fariseos empezaron a decirle a Jesús:

— ¡Fíjate! ¿Por qué están haciendo lo que no está permitido hacer en sábado?

— ¿Es que no habéis leído nunca —les contestó Jesús— lo que hizo David cuando él y sus amigos estaban necesitados y hambrientos? ¿No habéis leído nunca que entró en la Casa de Dios, cuando Abiatar era el sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, que no podía comer nadie más que los sacerdotes, y les dio también a sus amigos? El sábado —continuó diciéndoles Jesús— se hizo para el servicio de las personas, y no las personas para el servicio del sábado. Por tanto, el Hijo del Hombre también es el Señor del sábado.

Una vez más Jesús entró en conflicto con las reglas y normas de los escribas. Cuando Él y Sus discípulos iban pasando por unos trigales en sábado, Sus discípulos se pusieron a arrancar espigas y a comerse los granos. Cualquiera otro día de la semana aquello estaba totalmente permitido (*Deuteronomio 23:25*). Siempre que el viajero no usara una hoz, podía arrancar las espigas. Pero esto lo hicieron un sábado, y el sábado estaba terminantemente prohibido hacer ningún trabajo. Los trabajos se clasificaban en treinta y nueve categorías diferentes, que se llamaban «los trabajos padres,» cuatro de los cuales eran segar, aventar, trillar y preparar una comida. Con su acción, los discípulos eran culpables de haber quebrantado estas cuatro prohibiciones. A nosotros nos parecerá algo fantástico; pero para los rabinos judíos era una cuestión de pecados mortales y de vida o muerte.